

JOSE VASCONCELOS

Nació en Oaxaca el 27 de febrero de 1882. Falleció en la ciudad de México el año de 1959.

Filósofo, el más original y valioso que México ha tenido. Escritor magnífico a quien se deben: *Teoría dinámica del derecho* (1907); *Gabino Barreda y las ideas contemporáneas* (1910); *El movimiento intelectual contemporáneo de México* (1916); *Pitágoras. Una teoría del ritmo* (1916); *Prometeo vencedor* (1916); *Monismo estético* (1917); *Estudios Indostánicos* (1918); *Divagaciones literarias* (1919); *Ideario de Acción* (1924); *Teoría de los cinco Estados* (1924); *La revolución de la energía* (1924); *La raza cósmica* (1925); *Indología* (1926); *Tratado de Metafísica* (1929); *Ética* (1931); *Pesimismo alegre* (1931); *La sonata mágica* (1933); *Carta a la intelectualidad mexicana* (1933); *Bolivarianismo y Monroísmo* (1934); *Estética* (1935); *De Robinson a Odiseo* (1935); *Ulises criollo* (1936); *Breve historia de México* (1936); *¿Qué es el comunismo?* (1936); *¿Qué es la revolución?* (1937); *La tormenta* (1937); *Historia del pensamiento filosófico* (1937); *El desastre* (1938); *Simón Bolívar* (1939); *El Preconsulado* (1939); *Manual de filosofía* (1940); *Páginas escogidas* (1940); *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad* (1941); *El realismo científico* (1942); *Apuntes para la historia de México, desde la conquista hasta la revolución* (1943); *La cita* (1945); *El viento de Bagdad* (1945); *Lógica orgánica* (1945); *Los robachicos* (1946); *Discursos* (1950); *Todología (Filosofía de la Coordinación)* (1952); *Temas contemporáneos* (1955). Sus obras completas fueron publicadas en tres volúmenes.

Su autobiografía es la más original, apasionante y auténtica de las letras mexicanas. Rector de la Universidad Nacional de México y candidato a la Presidencia de la República, su actuación pública fue intensamente positiva.

Ha sido estudiado por: "José Vasconcelos" *BBSHCP*, No. 159, 15 julio 1959, p. 1, 3; Agustín Basave Fernández del Valle, *La filosofía de José Vasconcelos*, Madrid, Impresión de Gráficas Valera, 1958, 478 p.; José Sánchez Villaseñor, *El sistema filosófico de Vasconcelos. Ensayo de crítica filosófica*. México, Ed. Polis, 1959, 207 p.; Genaro Fernández MacGregor, en *Carátulas*, México, Ediciones Botas, 1935, p. 35 y ss; Abelardo Villegas en *La Filosofía del Mexicano*, México, publicado por el Fondo de Cultura Económica, 1960, 235 p. p. 65-97; El Colegio Nacional en *Homenaje de El Colegio Nacional a José Vasconcelos*, México.

Fuente: José Vasconcelos. *Ulises Criollo*. En *Obras completas de México*, D. F. I-582-587 y 789-796.

CON MADERO Y CARRANZA

Madero

Acabo de referirme a ciertos elogios que de una bailarina hacía en *mi periódico*, y tiempo es ya de contar cómo llegué a convertirme en director de un semanario político, sin menoscabo de mis tareas de profesional. El malestar social latente había cuajado, por fin, en la conciencia de un mexicano. Se llamaba Francisco I. Madero; tenía juventud y recursos y acababa de publicar un libro: *La Sucesión Presidencial*. En él analizaba con valentía el presente y el futuro inmediato del país. Me tocó ser presentado a Madero en mi propio despacho, en los altos del International Bank, en la calle de Isabel la Católica. Allí lo llevó un amigo común: el ingeniero Manuel Urquidi. Estaba Madero de paso en la capital y prefirió acudir a verme, no obstante que yo había adelantado mi deseo de visitarlo en su hotel. Nuestra primera conversación fue breve. Buscaba hombres independientes, decididos; me invitaba a la reunión a celebrarse en la casa del ingeniero Robles Domínguez, edificio de la calle de Tacuba... Con motivo de la separación de Wilson nos habíamos trasladado al nuevo domicilio del Banco Internacional, del que éramos apoderados. En el piso alto, que Warnes adaptó lujosamente, se instalaron nuestras oficinas y una notaría que era nuestra subarrendataria. Como auxiliar de dicha notaría figuraba el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama; provinciano, todavía joven y muy inteligente, pero de cultura rudimentaria: liberalismo a lo Ramírez, con mezcla de socialismo a lo Henry George. Con frecuencia discutíamos, conversábamos y aun nos cambiábamos libros. Yo lo admiraba porque había tomado parte en el conato de rebelión magonista de cuatro años antes, en protesta de la penúltima reelección de Porfirio Díaz. Los Magón, derrotados, habían tenido que refugiarse en los Estados Unidos y Díaz Soto, amnistiado, vivía en retiro honesto y laborioso. Lo primero que hice, pues, fue comunicarle la invitación de Madero y hacérsela extensiva. Con sorpresa vi que no sólo la rechazaba sino que amistosamente me aconsejó que no me presentase a la junta y que cortase toda relación con los alborotadores de la oposición. No valía la pena, dijo, sacrificarse por un pueblo que nunca responde al llamamiento de sus mejores. A él le había quebrantado su porvenir y estaba decidido a no volver a mezclarse en la política de un país

de indios embrutecidos por el alcohol... “Usted puede soñar en democracia, compañero; porque ha pasado su vida en la capital, no conoce a nuestro pueblo. El campo no está preparado sino para la abyección. La única política eficaz en México es la de Pineda —el gerente del porfirismo—; una política de pan y palo, o sea, un despotismo ilustrado.”

No podían ser más juiciosas las reflexiones de Díaz Soto, ni más leales a la amistad. Por otra parte, yo no tenía motivo propio de queja contra el régimen... Sin pertenecer ni remotamente a cualesquiera de las facciones gubernamentales, veía acrecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero ¿qué sabe nadie de los motivos profundos que van determinando el destino? La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había arraigado en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos diarios cometidos a ciencia y paciencia del régimen, y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa. En cierto viaje por el sur de Veracruz, realizado en interés de nuestro Banco, que tenía acreedores en aquella zona, me tocó presenciar un caso irritante. Al entrar a despedirme de un jefe político, que nos había dado facilidades, me lo encontré indignado y me tomó de testigo. Acababa de rescatar de las manos de un gran propietario de la comarca a un hombre desfallecido, deshecho a latigazos; se proponía mandar a la víctima al juez y promover la aprehensión del hacendado. Lo felicité por su decisión y me puse a sus órdenes. Al llegar a México, pocos días después, vi en la prensa que el jefe político había sido destituido por ponerse del lado de la justicia. Por el estilo, las quejas llovían, y una intensa campaña dirigida desde los Estados Unidos nos abría los ojos sobre atrocidades menores que las que comete el callismo, pero suficientes para mover la conciencia de las clases educadas en los colegios, deseosas de ver que México superase su barbarie. Una reacción de la cultura y el sentimiento de humanidad contra el matonismo militaroides y la incultura en el poder, ese fue el movimiento de protesta que culminó con la rebelión maderista.

No sabíamos a dónde íbamos. Así nos dijo el veterano periodista de la oposición y agitador obrero don Paulino Martínez. ¿No se dan cuenta estos muchachitos de que vamos a una revolución? —decía incitándonos y a la vez reprimiendo excesivos entusiasmos de primerizos—. En las primeras reuniones quedó constituido el Comité original con don Paulino

ya citado; con don Filomeno Mata, viejo periodista independiente; don Emilio Vázquez Gómez, abogado de prestigio, y el ingeniero Robles Domínguez, un patriota que exponía su caudal. El elemento joven lo representamos: Federico González Garza, compañero de colegio y hombre puro; Manuel Urquidi, educado en el extranjero y buen demócrata; Roque Estrada, abogado de Xalisco, y yo. A las reuniones posteriores asistió Luis Cabrera, que coqueteaba con el reyismo, el partido que parecía más viable dentro de la oposición.

Nuestro plan de campaña, calcado del libro de Madero, consistiría en organizar la ciudadanía de la República para que, abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente conforme a sus deseos. El lema que tantos años fue oficial: Sufragio Efectivo y No Reelección, lo redacté yo, en oposición al antiguo Sufragio Libre y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto. Alegaba Madero, y con justicia, que no podía hacerse responsable al dictador de la retención del mando si antes la ciudadanía no manifestaba su voluntad de retirárselo.

No se dio a Madero ningún puesto en nuestra Junta porque su misión era recorrer la República organizando clubes; pero antes de partir nos dejó dos encargos: el hallazgo de un personaje que aceptase ser postulado para la Presidencia en oposición a Porfirio Díaz y la edición de un periódico que había de ser órgano del movimiento.

Fui de los encargados de visitar a los personajes semiindependientes de la época. En todos los casos encontramos un recibimiento frío y una disposición escéptica. México no tenía remedio; la chusma ignorante era un lastre. Cuando desapareciera don Porfirio Díaz por su avanzada edad, la nación volvería a caer en otra dictadura.

En cambio, en los mítines que comenzamos a organizar por las barriadas pobres y populosas, especialmente con elemento obrero, nuestro éxito empezó a producirnos asombro, a la vez que alarma al gobierno. Se distinguía en estas sesiones, por su elocuencia juvenil, Roque Estrada. Yo fracasaba por mal orador y porque puesto en contacto con la masa humilde me entraban unos ímpetus peligrosos de sinceridad. Por ejemplo: un día hablé de que antes de intentar democracia y actividad política, el pueblo necesitaba emprender la campaña del agua y del jabón. A pesar de mi intención pura, el consejo pareció a unos ofensivo, a otros impolítico, y me dejó desilusionado

de mi capacidad demagógica. Continuamos las sesiones prescindiendo yo de hablar y dedicado a la organización, redacción de las actas y el registro de las adhesiones.

Por la noche, en casa del licenciado Vázquez Gómez, los dos secretarios del partido le ayudábamos a contestar la correspondencia que llegaba de todo el país. Madero acudía también por allí a menudo. Conversando me había aconsejado el uso de no sé qué manual de oratoria que a él le había dado buenos resultados; pero: "Ahora —me dijo—, ya que no quiere hablar, lo haremos escribir." Y me encargó la dirección del semanario del partido, próximo a salir. Lo bautizamos *El Antirreeleccionista*, y lo estuve publicando sin tropiezos dos o tres meses. Pronto la pequeña hoja tuvo suscriptores en cada rincón de la República. En ella vaciamos nuestro encono contra el régimen y el talento inédito de no pocos compañeros. Sin embargo, no apuntó en él ninguna promesa de gran escritor, acaso porque duró poco la publicación. En cambio, en la oratoria, el Partido creaba sólidos prestigios como el de Roque Estrada y el de Bordes Mangel. También entre la nueva generación se distinguía sin brillo, pero con talento, tenacidad y honestidad, Federico González Garza. En el grupo primitivo nadie obtenía medro. Al contrario, la mayoría contribuíamos con una suma mensual para los gastos de la oficina, a la vez que ofrendábamos nuestro trabajo.

Entró el negocio cuando se hizo necesario convertir *El Antirreeleccionista* de semanario en diario. No pudiendo yo dedicarle el tiempo necesario en su nueva forma, entregué la dirección a una persona que yo mismo recomendé a Madero: un seudo ingeniero a quien llamaremos simplemente Fulgencio. Era un provinciano arruinado, reñido con el porfirismo después de haberle servido y a causa de no sé que líos en que el gobierno lo acusaba de plagio. La prensa gobiernista empezó a llamarlo "Plagianinni" tan pronto como apareció en las filas de la oposición. A nosotros se nos presentaba como mártir de la arrogancia de don Justo Sierra. Lo cierto es que el mismo Justo Sierra lo había tenido pensionado en Europa un año o dos, y lo destituyó por haber publicado un libro informe que contenía citas no muy definidas en cuanto a la paternidad. El dicho Fulgencio había trabajado unos meses como voluntario en el periódico, y aunque a nadie inspiraba confianza, tampoco alarmó su nombramiento porque yo me reservé la jefatura de la redacción. La política del periodismo

quedaba así a salvo, y en el puesto de paga colocábamos a un correligionario necesitado.

No pasó mucho tiempo sin que sintiéramos el zarpazo de la tiranía. Mi primer rozamiento con la policía ocurrió durante una visita al taller de imprenta de don Paulino. Desde que se había constituido el partido le ayudábamos con algunos artículos destinados a su hoja *La Voz de Juárez*, de amplia circulación entre los obreros de Orizaba. Me presenté una tarde a corregir mis pruebas. La imprenta ocupaba un pequeño salón con puerta a la calle y un despachito interior. Penetré despreocupado, sin advertir que los cajistas habían interrumpido su labor diciendo: "¡Hola!; ¡a ver si ya está eso!" Dicho lo cual, me puso la mano en el hombro un agente de la secreta. El cajista jefe me hizo un guiño de inteligencia y dirigiéndose al policía le dijo: "Déjelo usted, es un cliente de la imprenta que se ha mandado hacer unas tarjetas de visita." Vi entonces de reojo a los esbirros, escapé como pude y me dirigí a la casa de don Paulino. Allí me informaron que ya estaba a salvo; era, en efecto, un perito en el arte de eludir a la policía.

Pronto Fulgencio nos dio el primer disgusto. Durante el período de mi dirección había yo impreso al periódico un criterio de total negación al régimen porfiriano. Exigíamos cambio absoluto de hombres y métodos. Ya sea porque temiese represalias o por no sé qué fines de interés personal, aprovechando una ausencia mía, Fulgencio se soltó un editorial con retrato encomiando a Limantour, el ministro de Hacienda del porfirismo.

Nuestros correligionarios protestaron con escándalo y yo hubiese lanzado a la calle al director si no hubiese intervenido la piedad. Entre todos nosotros, Fulgencio era el único que no sólo no gastaba en el partido, sino que vivía de él, eso sí, modestamente y a cambio de su trabajo. Me constaba que el sueldo le era indispensable. Fulgencio me prometió enmienda y lo retuve.

Carranza

Carranza reapareció, por fin, en Sonora. Lo recibieron los rebeldes con efusión y lo sirvieron con lealtad. Correspondió el Primer Jefe dando suelta a su soberbia y ahondando las divisiones que ya existían. Resucitando el conflicto Maytorena-Pesqueira, se decidió a favor de Pesqueira, que era un igno-

rado y, por lo mismo, podría convertirse en su instrumento. Y a Maytorena, que tenía arraigo, lo hizo a un lado. Eliminado Maytorena, no sólo la hacienda del Estado, todas las propiedades de Sonora, quedaron a merced de Carranza y del grupo que lo secundaba. El ideal de Calles, Elías y Pesqueira, comenzó a tener realización. Las confiscaciones se decretaban sin más criterio que el poder de quien se beneficiaba con ellas. En el frente de combate por Sinaloa, las tropas andaban casi descalzas; pero Carranza halló en las arcas cinco mil pesos, que pagó a unos fotógrafos para que hicieran los retratos de su persona, que empezó a repartir por toda la zona de la rebelión.

Y a las confiscaciones siguieron los atropellos. Todo intento de prensa libre dentro de la zona carrancista fue sofocado, y todo el que no se mostraba partidario ciego del último capricho del Primer Jefe era arrojado al extranjero, sin apelación, a morirse de hambre en el destierro; pena que ni el mismo Victoriano Huerta aplicaba en sus territorios. El Primer Jefe nunca libró un combate serio; pero él y todo su séquito adoptaron el uniforme militar. Como consejeros y subsecretarios de Estado y aun ministros, eligió Carranza a los amanuenses que llevó de Saltillo y a recién llegados sin antecedentes revolucionarios, como Isidro Fabela.

Por San Antonio, y deteniéndose a veces en mi propia casa, pasaban los decepcionados. Uno de ellos, Cándido Aguilar, antiguo conocido del maderismo; lo hospedé unos días y me contó:

—El paso de don Venustiano por la Laguna fue un desastre; se encaprichó en que atacáramos a Torreón y nos destrozaron. No entiende de milicia y quiere dirigir combates. Si hubiera seguido por Torreón, nos acaban en esa zona.

A Luis Cabrera lo vi de regreso de su primera visita a Carranza en Sonora.

—Nunca llegará a Presidente don Venustiano. Es muy tonto y no quiere oír. Antes de la llegada de Carranza, el gobierno de Sonora emitía papel moneda respaldado por un fuerte depósito en metálico. Apenas llegó Carranza —continuaba Cabrera—, se apoderó del metálico y ordenó que siguieran haciéndose emisiones, sin límite. Cuando apunté que debiera crearse un fondo de garantía, se me dijo que esas eran ideas de “científicos”, que no era yo revolucionario.

Decepcionado, Cabrera regresó a Barcelona, de donde volvió

meses más tarde, cuando el movimiento demostró fuerza victoriosa.

Mi propia posición se hizo ingrata y aun sospechosa. Teniendo a la vista el fracaso de la zona que dirigía don Pablo González, aconsejé a Carranza que a Coahuila mandase un jefe apto, uno capaz de hacer, con gente tan buena como la de esa región, algo parecido a lo que había hecho Obregón en Sonora y a lo que estaba haciendo Villa en Chihuahua. Nunca se lo hubiera dicho; me contestó fríamente, y ni se refirió a mi oferta de entrar al país para servir como él indicase. Por amigos comunes supe que le había ofendido la "ligereza" con que yo juzgaba a don Pablo González y al hermano del Primer Jefe don Jesús. La verdad es que no podía ver Carranza ni a Obregón ni a Villa, porque ganaban batallas, y él quería generales que debieran sus ascensos a las firmas del Primer Jefe, no a méritos conquistados frente al enemigo. Tan manifiesta fue su parcialidad a este respecto, que cuando no pudo menos que ascender a divisionarios a Obregón por la conquista de Sonora, a Villa por la de Chihuahua, firmó los despachos respectivos, pero no sin anteponerles en antigüedad el nombramiento de divisionario en favor de su propia creación de general: don Pablo González.

La Revolución ya tiene hambre

El haber pronunciado esta frase en una entrevista a raíz de las victorias de Villa en el norte de Chihuahua sirvió para que más tarde calumniadores interesados en esconder sus propias flaquezas me catalogaran a mí como villista. Nunca lo fui. A pesar de los yerros evidentes de Carranza, fui el más leal de sus partidarios, hasta el día que salió de México Victoriano Huerta. Después, claro está, no iba a seguir a Carranza en sus ambiciones y maldades. Pero menos a Villa. Y, sin embargo en aquel momento Villa salvó la rebelión. Pues era un hecho que donde llegaba Carranza, en seguida la discordia, la vacilación, la torpeza, contenían, disolvían el aparato revolucionario. Pudo Obregón ser la máxima figura militar desde la primera etapa revolucionaria, y si no lo fue y Villa le ganó la delantera es porque desde la llegada de don Venustiano a Sonora los rebeldes ya no combatían; estaban pendientes de la intriga que hervía en Hermosillo. Y en vez de avanzar hacia el sur, el mismo Obregón tenía que hacer viajes periódicos a la sede del gobierno para defenderse en su

posición de jefe militar que se ha hecho a sí mismo, y también, a veces, para intervenir en los feudos que malévolamente creaba Carranza.

En cambio, Francisco Villa, libre de la tutela del Primer Jefe y dueño de inmensos recursos que paso a paso había conquistado, comenzó a asestar golpes decisivos al edificio de la fuerza huertista. Desde un principio Villa había manifestado su adhesión a Carranza y es evidente que al comenzar no le pasó por la cabeza a Villa la idea de actuar independiente. Y si en torno suyo se fue formando una camarilla enemiga del Primer Jefe, no fue ciertamente Villa quien la creara, sino el mismo Primer Jefe, pues no todos podían hacer lo que yo, quedarse a distancia, ya que el Primer Jefe no nos aprovechaba. No todos habían tenido la previsión de crearse reservas en efectivo. Y a muchos la imposibilidad de sostenerse en el extranjero los obligó a ir a formar corte en torno al guerrillero chihuahuense. La mayor parte de los que tal hicieron habían estado antes con Carranza, se habían ofrecido en cuerpo y alma al movimiento, y Carranza los había rechazado por dignos a unos, porque eran hombres de capacidad y de criterio propio, como Díaz Lombardo, y porque, en suma, el Primer Jefe rechazaba toda sospecha de valer personal y se rodeaba de los anónimos, que ya formaban el carro completo de su insignificante gabinete de gobierno.

No tengo por qué callar que la luz del gabinete carranclán era entonces Fabela. Su ascensión súbita a la categoría de ministro de Relaciones de la Revolución y portavoz, por encima de Cabrera, por encima de los que seguíamos defendiendo a Madero, se debió a un discurso; más bien a una frase. Emperador de la barba florida llamó a Carranza en público. Y la cultura de Carranza no era como para desenterrar plagios verbales. Víctor Hugo era para Carranza una cita de discurso pueblerino; el francés a quien Juárez había dejado *pequeñito*, negando el perdón que Hugo pedía para Maximiliano.

Juárez era para él toda la grandeza humana, por encima de los genios universales; su educación de escuela de primeras letras jacobinas no mejoró ni en la Presidencia. De suerte que el Primer Jefe se sintió emperador de la barba florida, "como decía Fabela". Y además, Fabela informó:

—Sabe usted, Jefe: usted es más grande que Juárez... Usted se parece, más bien, a Bolívar. Y Bolívar es más grande que Juárez...

—¿Cómo está eso? —inquire don Venustiano—. ¿Pues no es don Benito Juárez el Benemérito de las Américas?

—Entiendo que así lo llamaron en Guatemala —apunta Fabela—; pero en la América del Sur hubo un héroe que por poco llega a emperador de todo el continente.

Esto último bastó a convencer a Carranza. Parecerse a uno que quiso ser emperador “de todo el continente”. Con razón Fabela había hablado de Imperio y de barba florida. Sí; ya verían los maderistas con su pequeño Madero... El nuevo Jefe de la revolución era un Bolívar, un emperador del continente. Desde entonces esta manía ya no dejó a Carranza. Y Fabela hizo fortuna. A raíz del triunfo fue nombrado “Embajador Especial y Agente Personal del Primer Jefe en todos los países de Europa y sus Colonias, América y demás continentes” (textual). Y el viaje de Fabela se hizo a costa de la Nación, presentando credenciales del Eliseo al Quirinal y de la Senegambia a Buenos Aires y Montevideo, por Río de Janeiro y La Habana.

El embargo de armas

Lo que no obsta para que la situación internacional de la Revolución fuera un desastre. Inneceariamente, puesto que Wilson hacía todo lo posible por ayudar a los rebeldes; pero no se había gestionado siquiera que la prohibición de introducir armas por la frontera se levantase a favor de los revolucionarios y se impusiese a Huerta, o que se dejase libre el tráfico para ambos. Por torpeza de nuestros agentes en Wáshington, los huertistas, pese a la antipatía de Wáshington, seguían disfrutando los beneficios de comercio libre derivados de su posición de gobierno constituido. Y nosotros, por la desorganización que creaba Carranza, no llegábamos ni a la categoría internacional de gobierno de facto. Se necesitó que muchos meses más tarde de lo debido fuese a Wáshington un hombre como Cabrera, para que quedásemos reconocidos; pero mientras, pasaron meses en que las municiones hubieron de comprarse a precios de contrabando.

Sin la incompetencia de Carranza, la revolución habría triunfado en tres meses en vez de tomar año y medio. Nunca ha habido en la historia de México un levantamiento general más poderoso que el que se produjo casi instantáneo contra Huerta. Pero la táctica del Primer Jefe, a imitación de su antiguo Jefe, don Porfirio, era aplazarlo todo y dejar al tiempo las

soluciones. En los intervalos, don Porfirio administraba y ese fue el secreto de su éxito. Carranza, en cambio, creaba divisiones, inventaba problemas y corrompía la administración. A los puestos de manejo de fondos no iban los honrados, sino los que deseaba favorecer. En Sonora cerró las escuelas para librarse de pagarlas, y empleó el dinero en sus caprichos personales. Eran éstos de un género divertido si no los hubiera hecho trágicos la matanza general que en el entretanto se consumaba por toda la República.

Giras de ególatra exhibición ocupaban sus mejores días. Se arruinaban las aldeas empobrecidas a su paso, construyendo arcos triunfales, derrochando bebidas y cohetes. Una por una recorrió villas sonorenses, como estación Carbó, donde se organizaron bailes y festejos, sin que faltara la bella dispuesta a poner calor en los huesos del viejo "Emperador de la barba florida". Naturalmente, no por corrupción, sino por miseria, abundan estas ocasiones de vicio en zonas en que la revolución ha dejado huérfanos, mujeres abandonadas por maridos y padres. El hombre de la retaguardia viene después del combate a recoger el botín. Horribles matanzas de prisioneros antecedían el desfile de los incondicionales del Primer Jefe. Toda la región de Sonora y Sinaloa quedó asolada por largos meses del desgobierno carrancista. Y tanto porque ya no había de qué echar mano como por el deseo de ocupar la zona que estaba conquistando Villa, el Primer Jefe decidió trasladarse a Ciudad Juárez. Lo hizo al frente de una poderosa columna militar sonorenses que bien pudo usarse en la línea de fuego por Jalisco. En vez de eso, la distrajo para usarla de amenaza contra Villa.

Ya viene el cortejo

Con frecuencia Pancho Villa había invitado a Carranza a que pasara a Chihuahua para organizar la administración y ejercer los atributos de mando. En vez de entrar como Primer Jefe prefirió invadir Chihuahua por el norte, aprovechando que Villa estaba comprometido contra el enemigo común en las cercanías de Torreón. Y mientras el guerrillero peleaba, el Primer Jefe se entretenía en dar oído a toda clase de consejas y en perseguir, destituir, a los empleados más modestos del jefe chihuahuense.

Presenció la entrada de Carranza a Ciudad Juárez. A fin de no tener más tarde el remordimiento del que se queda inactivo

en el extranjero, fui a ver al Primer Jefe no obstante que cortésmente me había ya rehusado una vez. Fui a ofrecer de nuevo mis servicios para lo que quisiera utilizarlos. Y estuvimos varios amigos, charlando en una esquina llena de gente, esperando con varios millares de curiosos y secuaces a que el Primer Jefe acabara "de afeitarse". Pues se supo que la demora prolongada del desfile obedecía a que ya en las goteras del pueblo don Venustiano había hecho alto para pedir barbero, masajista, sastre que le planchara el uniforme. Y entró, por fin, napoleónicamente, el Primer Jefe a posesionarse de una ciudad ya pacífica y toda leal, con aparato de guerra que buena falta hacía en los frentes de combate.

No me fue difícil entrevistar al día siguiente a Carranza. Mis bonos, por el momento, estaban altos a causa de una circunstancia que sólo más tarde supe. Llamaba la atención que siendo yo maderista y habiendo sido rechazado, casi, una vez por Carranza, no estuviese yo en el sur de Chihuahua al lado de Villa como tantos otros maderistas, sino que, al contrario, me presentaba a pedir órdenes directas al propio don Venustiano. Por supuesto, nunca se me ocurrió siquiera presentarme ante Villa, porque no andaba yo en busca de puesto y más bien consideraba que hacía un favor al gobierno revolucionario aceptándole un encargo, pues era yo de los que dan prestigio, no de los que lo reciben. Entre aquella confusión lacayuna ningún móvil elevado tenía cabida. Pero el Primer Jefe me recibió con presteza y eso bastó para que, en seguida, todo el gobierno ambulante se pusiera amistoso. ¡Y no hacían sino hablar mal de Villa!

A lo que yo, con frecuencia, respondía preguntando:

—Y sin Villa, ¿dónde estaríamos ya los revolucionarios?

Pues no cabía duda de que había sido Villa el destructor de los ejércitos del gobierno huertista. Y todavía en aquel momento, sin la División del Norte ni los de Obregón en Sinaloa, mucho menos los de don Pablo, llegarían jamás a la capital.

Y, por desgracia, lo que Villa andaba haciendo no era para conquistarle a nadie adeptos. Uno de los momentos más dramáticos del calvario mexicano fue el encuentro de los dos grupos armados más poderosos de la época en las cercanías de Torreón. De un lado los revolucionarios acaudillados por Villa, una fiera en brama, pero con toda la razón de su parte. Del otro lado los federales mandados por el general Velasco, un hombre educado y patriota, que quiso salvar a Madero, pero

que después se había sumado al huertismo. En otras condiciones y de no haber estado Velasco complicado en lo de Huerta, de haber sido él mismo el Jefe y no Victoriano Huerta, seguramente toda la gente de bien lo sigue y abandona a Villa. Oficiales del propio Velasco refieren que éste decía:

—Está bien; nosotros defendemos a un traidor, que es Huerta; pero del otro lado, con Villa, no hay sino forajidos. Lo que harán es destruir.

En el fondo, el gran culpable era Carranza, que teniendo la autoridad moral no sabía ejercitarla, y porque en vez de construir sembraba discordias. Las mismas atrocidades de Villa, matanzas de prisioneros, violaciones y saqueos, ¿acaso no eran lo mismo que se hacía en otros sectores, solamente que sin el brillo de la victoria? Y las matanzas de vencidos, ¿no eran la consecuencia de la más infame de todas las medidas dictadas por Carranza, la llamada Ley Juárez, que exigía el fusilamiento de los prisioneros?

Mucho se ha hablado de las crueldades de Villa y nadie las niega; pero no fue un villista, fue un carrancista, bien apoyado por el Primer Jefe, quien inauguró el sistema de los fusilamientos con banda militar y público de turistas, en Ciudad Juárez, y ya no durante la guerra civil, sino en pleno gobierno constitucional del Primer Jefe. Véanse en prueba de mi aserto los diarios de la época en que actuó de comandante de las armas de Juárez el general Gavira, carranclán ciento por ciento. Por su parte, la milicia educada en Chapultepec no había hecho sino poner la cátedra. A la vista de autoridades de la Cruz Roja *yankee*, el jefe federal mató heridos en las cercanías de Ojinaga. Y cuando, ya rendido con toda su gente, los *yankees* recluyeron a los oficiales del Colegio Militar en un campo alambrado, el jefe mexicano quiso hacer valer las leyes de la guerra aplicables al refugiado en país extranjero, y le respondieron:

—Ustedes han sido los primeros en violar las leyes de la guerra matando heridos de su propia nacionalidad.

Por donde se ve que el remedio de toda esta lepra nacional que es nuestra crueldad, sólo podría hallarse en un cambio total de métodos y hombres, en un nuevo esfuerzo a lo Quetzalcóatl; en una condenación previa de toda nuestra sucia historia, plagada de mentira y manchada incesantemente con prácticas que son un crimen.

Y no aleguen los idiotas, según suelen hacerlo, que es porque la raza "desprecia la vida". Bastante cuidamos la vida

en el riesgo, y lo que solemos despreciar no es la vida propia como el valiente, sino la vida ajena, cuando queda a nuestra merced. El derecho del vencido; eso es lo que hace falta rescatar. En hacerlo radica la cultura.